rare l'antipatia radicale dei suoi nemici passati e presenti? Per chi come Lucia Parente è animata da una *vital curiosità* e da una cultura profonda e sensibile, non solo sono sufficienti ma rappresentano una *Via* per accedere a un «risveglio suggestivo: il germinare nella nostra vita di fronte allo stato d'inquietudine, di curiosità e di bisogno di novità, ricercato nelle letture e rispettato nel suo lento procedere» (p. 120).

Pietro PIRO

MALINOWSKI, Bronislaw: *Edipo destronado. Sexo y represión en las sociedades primitivas*. Madrid: Errata Naturae, 2013, 229 págs.

La publicación de la pieza clave de la teoría psicoanalítica en 1900 llevó a Freud y a su obra *La interpretación de los sueños* a recorrer una imparable trayectoria que se abriría paso desde el germen médico del que nació a la progresiva conquista explicativa de esferas cada vez más amplias de conocimiento: desde los mecanismos psicológicos de la mente humana, a los entresijos más recónditos de las más altas producciones culturales. Es en este panorama de auge imparable y popularidad sin precedentes del psicoanálisis donde la pieza de Malinowski cobra sentido como freno de emergencia necesario a una operación de colonialismo epistemológico que pondrá fin a la Belle Époque de la teoría del inconsciente.

Al igual que fue una pequeña bomba arrojada a la carroza del archiduque Francisco Fernando de Austria la que terminó por poner fin al equilibrio continental y a los conflictos coloniales característicos de la Paz Armada en la que se veían atrapadas las grandes potencias europeas, fue con una pequeña obra en los márgenes del imperio donde finalmente el psicoanálisis dio con la horma de su zapato. El estallido de la Gran Guerra sorprendió a Bronislaw Malinowski, súbdito del recién asesinado heredero al trono, en una situación tal que debía aceptar su destierro en las islas Trobriand en Papúa, bajo jurisdicción enemiga, hasta el fin de las hostilidades. Al otro lado del mundo, Edipo también dejaría su trono vacío.

Desde que los revolucionarios franceses le cortaron la cabeza por primera vez al soberano el nacionalismo fue, durante toda la era del imperio, la

ideología vertebradora de la política mundial: desde la formación de los primeros estados, a las independencias sucesivas que pondrían de rodillas a las metrópolis europeas. A pesar de la invención de la tradición de la que se sirvió sin excepción esta ideología como aparato legitimador de toda suerte de reclamaciones, siempre restaba algo de la colonia que era ya, sin mediaciones, propio. Lo mismo les ocurrió a las dos disciplinas que convergieron antes de separarse de una vez para siempre en las Trobriand. Malinowski no podía dejar de reconocer las deudas profundísimas que tenía con el padre Freud, aunque hubiese llegado la hora de matarle, erigiéndose con ello en uno de los padres fundadores de la antropología contemporánea.

El psicoanálisis legó un paradigma dinámico del psiquismo, evidenciando la necesidad de un estudio pormenorizado de la configuración de la sexualidad en la vida anímica y en especial de su desarrollo infantil. Por otro lado, Malinowski consideraba evidente que la producción de conocimiento etnográfico no podía construirse sobre los datos disponibles en la consulta del psicoanalista. En este sentido, el máximo exponente de la literatura antropológica de Freud publicado en 1913 con el título *Tótem y tabú* era perfectamente solidario con la tradición británica y su modo particular de hacer negocio con sus objetos de estudio durante el siglo XIX y con la que Malinowski no podía sino estar en desacuerdo.

Si en multitud de ocasiones se pone de manifiesto la correspondencia entre los episodios en los que el conocimiento etnográfico se vio incrementado y largos periodos de conquista, el establecimiento del *Indirect Rule* o gobierno colonial británico en el subcontinente indio determinó las condiciones para la constitución de todo un paradigma etnológico. Al ser preguntado James Frazer sobre si había visto alguna vez las culturas que describía en su libro *La rama dorada*, contestó: “But Heaven forbid!” –algo así como “¡Dios no lo quiera!”– subrayando la tradicional división entre antropólogos de salón y trabajadores de campo. Por otro lado, el paralelismo entre las preocupaciones metropolitanas y el conocimiento antropológico condujo a la consolidación del evolucionismo como paradigma legitimador del expolio que propició el despegue industrial británico en términos de civilización frente a sus objetos de estudio primitivos.

La obra de Freud personificaba como ninguna la labor de un antropólogo de salón, cuyos datos eran tomados no por funcionarios a sueldo del imperio que contestaban las preguntas formuladas por el etnólogo desde su gabinete, sino de obras entre las que las del propio Frazer ocupaban un lugar predominante. Si el evolucionismo decimonónico juzgaba a la sociedad industrial como el estadio cultural de mayor perfección en una escala en la que las demás culturas ocuparían peldaños sucesivos, interpretando como “supervivencias” los rasgos primitivos que aún se hallasen en la Inglaterra victoriana, la psicología del inconsciente, y en especial “*Tótem y tabú*”, creía reconstruir unilateralmente los peldaños que atravesó la horda primitiva hasta la civilización.

Malinowski pondrá fin al trabajo de gabinete en los estudios culturales, dignificando la labor de trabajo de campo y defendiendo que sólo una inmersión participativa en la cultura es capaz de proveer información desde el punto de vista de la propia sociedad estudiada. Lejos de considerar que el lugar se erige en garantía de la validez de los datos, la exigencia de participar en la vida social cotidiana exige al antropólogo ponerse en el lugar de quien es observado. El resultado de este compromiso se plasma con fuerza en su obra, escrita con un lenguaje sencillo y penetrante en contraposición a las afirmaciones desmesuradas, los argumentos caóticos y la terminología laberíntica de los escritos de Freud, por los que el antropólogo no deja de exasperarse.

A esto hay que añadir que la perspectiva desde la que el análisis cobra sentido es en cierta medida la antítesis de su predecesora. El evolucionismo trataba de dar explicación a los orígenes y transformaciones de las diversas formas culturales, mientras que el funcionalismo olvidaba tales consideraciones para centrarse en el papel que las instituciones jugaban en la satisfacción de necesidades vitales tanto para el individuo como para la sociedad, afianzándose como perspectiva alternativa en la década de los veinte del siglo pasado. El cambio de paradigma, sin embargo, no era ajeno a un contexto general en el que la antropología se configuraba como una disciplina auxiliar de la empresa imperial europea.

La reacción antihistoricista que supuso el funcionalismo desempeñó un papel clave en el establecimiento de la concepción de la cultura como

una unidad cerrada, lo que con el tiempo facilitó la asunción de juicios de carácter relativista –una vez que dicho paradigma emigrara de Inglaterra a los Estados Unidos. En Malinowski aún encontramos un evolucionismo que permite el estudio transcultural comparado, que le llevó, en los momentos más desesperados de su destierro, a odiar a sus huéspedes y justificar su colonización, ya que no desconocía que Inglaterra había establecido contactos con los trobriandeses.

Por otro lado, si el evolucionismo sirvió en gran medida como legitimación del *Indirect Rule*, el funcionalismo le reconocía al sistema colonial que las instituciones nativas eran, en algún sentido, útiles. La administración colonial permitió que las autoridades tradicionales gobernasen como hasta entonces siempre que cediesen el control de las relaciones exteriores y la política económica e impositiva, controlada por un pequeño número de funcionarios a las órdenes del gobernador. La estabilidad política de la llamada Pax Británica consolidaba el poder de los antiguos dirigentes, que pasaban a estar bajo la protección del imperio ante sus disidentes. Malinowski consideró que el gobierno indirecto ofrecía la posibilidad de profesionalizar la antropología, ya que podría ofrecer al protectorado conocimientos sobre las instituciones consuetudinarias foráneas y su funcionamiento.

La familia, como institución fundamental de las sociedades primitivas, recibiría una gran atención. La esencia de las ideas freudianas consiste en una explicación de la influencia de la vida familiar en la mente humana; y en este estudio el complejo de Edipo desempeña un papel absolutamente fundamental. Si este complejo actuaba como atractor de las consideraciones biológicas, psicológicas y sociológicas de toda la teoría psicoanalítica, siendo el motor de sus progresivas conquistas a expensas de las disciplinas subordinadas; Malinowski denunciará la imposibilidad de entenderlo como causa primera de todo, fuente de toda cultura, organización y creencia; como la entidad metafísica creadora pero no creada anterior a todas las demás cosas y no causada por algo. Si la familia es una institución funcional, el complejo al que de lugar debe serlo también, y dependerá de la configuración concreta que ésta tenga en cada cultura.

Malinowski comienza por constatar que la familia no es idéntica en todas las culturas, ni tampoco en distintos estratos de la misma sociedad.

Reconoce el conocimiento etnográfico heredado – de componente innegablemente evolucionista – que muestra su desarrollo a lo largo de la historia de la humanidad: desde el comunismo sexual hasta la familia nuclear monógama, patrilineal y aria, con una fuerte patria potestad reforzada por la ley romana, la moral cristiana y las peculiaridades de la sociedad burguesa. Así las cosas, de las distintas configuraciones familiares posibles derivará un complejo nuclear característico y diferente, que influirá de forma peculiar en los productos materiales y simbólicos de cada cultura.

La familia trobriandesa, en las antípodas de la nuestra, nos es antitética en todos los sentidos posibles que permite la observación antropológica. En el otro extremo del globo terrestre, se hallaba entonces próxima al cero absoluto de temperatura histórica, disfrutando aún de la solidaridad característica de las sociedades mecánicas. Su característica fundamental es que el parentesco se calcula a través de la madre, y la matrilinealidad se combina con el hecho de que la criatura heredará todos las posesiones, privilegios y posición social del tío materno y no del padre. Esta característica, denominada en argot “avunculación”, deriva del desconocimiento del mecanismo biológico de la paternidad. Según sus creencias, los hijos son introducidos en el interior de la madre por diminutos espíritus de una familiar fallecida de la madre, con lo que el marido sólo facilita el camino “abriéndola”; debe proteger a la criatura, pero no es “suya”. Los trobriandeses distinguen al genitor del mero padre social.

De esta manera, tanto la madre como sus hijos e hijas hallarán en el padre una figura benevolente y cariñosa, siendo el tío materno quien desempeñe el rol ejecutivo y quien represente el principio de la autoridad y la disciplina, inclinándose su familia ante él como un siervo ante su dueño. Por último, el matrimonio es patrilocal además de monógamo; lo que supone que la madre se traslada a la casa del marido, quien tendrá que trabajar fundamentalmente para asegurar el sustento de sus propias hermanas. Ello garantiza una fuerte independencia económica de la mujer respecto del marido, a quien jamás tratará como a un superior. Distinto es el caso de su hermano, quien la mantendrá económicamente a ella y a sus hijos; aunque esta autoridad no le permita al varón decidir sobre asunto alguno de su vida sexual, en virtud del tabú impuesto a los hermanos desde la más tierna infancia.

Resulta evidente que los conflictos que se desarrollen en cada tipo de familia serán diametralmente opuestos, con lo que tanto el desarrollo psicosexual del niño como el folclore derivado de la centralidad de la institución familiar desconocerán a Edipo, que se mostrará como el complejo característico de la familia patriarcal que conocemos. La increíble e inusual libertad sexual de que gozan los trobriandeses ha de combinarse ineludiblemente con las prohibiciones necesarias que prescribe cualquier forma de calcular el parentesco. En el caso trobriandés, consisten en el deseo incestuoso hacia la hermana y la tentación de aseñar al tío materno.

Pudiera parecer que poco se ha avanzado con este camino, ya que podría entenderse que el complejo de Edipo, fuente universal de toda cultura, pervive trasladado o reprimido bajo el gobierno del derecho materno. Nuestro autor prohíbe semejante concepción, ya que el psicoanálisis no permite entender algo así como un complejo reprimido, o lo que es lo mismo, una represión reprimida. Por el contrario, Malinowski afirma que el problema verdadero de la teoría psicoanalítica consiste en no poder enfrentarse a las contradicciones derivadas de la creencia en que el complejo de Edipo es la causa de todo fenómeno social y cultural en lugar de su consecuencia.

Por otro lado, en el libro se considera absurda la suposición de que la cultura pudo originarse repentinamente como consecuencia de un único acto tal como un parricidio primigenio. El propio Freud considera que el crimen debió perpetrarse gracias a un avance cultural de algún tipo, como un nuevo arma, dando por supuesto aquéllo que se pretende probar, es decir, la cultura. Sin embargo, aún más escandaloso le parece a nuestro autor la explicación de la influencia duradera de las consecuencias de aquel supuesto crimen, atribuida por la teoría freudiana a la psique de la masa o alma colectiva. Los antropólogos pueden indicar claramente cuál es el medio por el que cada generación deposita sus experiencias para las generaciones venideras, y no es otro que el conjunto de tradiciones materiales y simbólicas que constituyen la cultura.

Tras concluir que sólo el desarrollo y la presencia del lenguaje y el pensamiento conceptual al que éste da lugar pueden declararse como causas de la sociedad humana, legando a la biología evolutiva este trabajo; pasa a considerar inmediatamente a

la familia como taller primordial de la cultura, al ser ésta la única institución heredada del animal. Aunque la sociabilidad que nos caracteriza como especie tiene como base la plasticidad generalizada de nuestros instintos, Malinowski afirma que es imposible cualquier forma familiar sin la prohibición del incesto, ya que éste comprometería todas las distinciones de edad y rango existentes. Si las relaciones incestuosas estuvieran permitidas, las generaciones se yuxtapondrían y ciertos sentimientos como la autoridad y la benevolencia paternas, costosamente contruidos en el seno familiar se desorganizarían, haciendo imposible la garantía del desarrollo infantil y la instrucción cultural de los nuevos miembros sociales. La represión es consecuencia de la cultura y no al contrario, ya que toda sociedad requiere para perpetuarse el respeto estricto a determinadas reglas de parentesco y a los roles sociales que éstas comportan.

Por último, el autor alude al hecho de que la institución del derecho materno es sin duda preferible, al evitar la raíz de los conflictos sexuales de nuestra sociedad, que son producto del papel ambivalente del padre. No obstante, la prohibición del incesto ha sido fruto de la cultura, y todas las sociedades deben protegerse de él mediante el cumplimiento de una de las prescripciones más importantes y universales. Incluso bajo el derecho materno, el incesto y su deseo son complicaciones y tormentos que sufren los seres humanos durante toda su vida, tal como el psicoanálisis se ha encargado de mostrar.

La relación tan conflictiva que observa Malinowski hacia los planteamientos, tesis y métodos de la escuela psicoanalítica hacen del libro una auténtica gigantomaquia. Por desgracia para Freud, el avance de una disciplina nunca se basa únicamente en el progreso sobre una sola línea de investigación, ya que a menudo las semillas esparcidas caen en suelo estéril y jamás darán sus frutos, al haberse adentrado en el terreno de la pura especulación. Para un estudio o escuela de pensamiento es necesario a menudo dar marcha atrás al haber topado con afirmaciones insostenibles. Malinowski, en cambio, tuvo la suerte de verse ayudado por una teoría fructífera que necesitaba, no obstante, ser rectificada de inmediato. Con el inestimable apoyo del psicoanálisis, y sólo después de un arduo trabajo de campo, el antropólogo terminó por descubrir unas cuantas pepitas de dorada

verdad tras el lavado y eliminación de toneladas de escombros.

Octavio BARRIUSO VARELA

FOUCAULT, Michel: *De gouvernement des vivants. Cours au Collège de France, 1979-1980*. París: Seuil/ Gallimard, 2012, 400 págs.

Si en los años setenta habitabas en París, luego de caminar muy temprano por el Barrio Latino había que bajar por el Boulevard de Saint-Michel hacia la Rué des Écoles, seguir de largo en el cruce de Saint-Germain-des-Près con su bella Facultad de Medicina y la escultura de Marat en dirección al Sena; obligado era dar un vistazo a los jardines medievales y, mucho antes de llegar a sus homónimos de Luxembourg, dar vuelta hacia la izquierda. Veías –de reojo, no hay tiempo– a la imponente Sorbonne, blanca y orgullosa, mostrándote su costado con un dejo de reproche ¡No es para menos! Te diriges a la esquina de Saint-Jacques, donde se encuentra esa otra institución de educación superior; la única que le hace sombra y con la que compite sempiternamente. Atraviesas a toda velocidad un arco pronunciado; es la entrada del Collège de France. Encuentras un auditorio abarrotado, ¡hay gente en las ventanas! Entrás sin más. Las palabras y las horas se suceden mientras el ciclo lectivo comienza. El orador se desplaza subrepticamente entre diversas edades y temáticas; con gran talento realiza cortes transversales en la historia. Sesión a sesión, mes con mes, la exposición avanza. El filósofo muestra a los *auditeurs* la constitución de lo que llama nuestros “sistemas de pensamiento”: se trata de Michel Foucault dictando su cátedra; ensayando uno de esos *actos filosóficos*, como dirían Ewald y Fontana, con los cuales ataja la actualidad y exhibe la problematización inherente a nuestro ser.

Sin duda, la reciente publicación de la enseñanza oral de Foucault es un acontecimiento filosófico de tanta importancia como, en su momento, la asistencia a esas sesiones de verdadera investigación universitaria. Es bien sabido que el francés no sólo era hábil en hacer proliferar sus prácticas discursivas, sino también en profundizarlas al grado de imprimir a cada uno de sus actos un *estilo* singular. Así, sus conferencias de prensa se carac-